



PRESENTACIÓN LIBRO ‘VIAJEROS DE DOÑANA’

Fuensanta Coves, Presidenta del Parlamento de Andalucía
Sevilla, 21 de enero de 2010

Sras. Sres.

He perdido la cuenta de cuántas veces habré hablado sobre Doñana. No ya en reuniones de trabajo privadas, por supuesto, si no en actos oficiales.

Cuando cambio en el año 2000 Almería por el valle del Guadalquivir para vivir, era imposible que comprendiera por completo lo que hablamos cuando se mienta a Doñana. Aunque tenía una casa en el Cabo de Gata, aunque la Consejería de Medio Ambiente que dirigía me ocupaba las 24 horas, al principio no es posible abarcar la globalidad de lo que supone este espacio natural protegido y su contexto.

Porque Doñana es mucho más que 100.000 hectáreas protegidas. Sus raíces se agarran al suelo, pero podría decirse que también las tiene aéreas. Doñana ha hecho nacer organizaciones conservacionistas internacionales. Ha puesto de acuerdo a dictadores, reyes y biólogos. Acoge mitos de civilizaciones sumergidas o reinos tartésicos. Genera ciencia, cultura. Hasta fue el primer lugar en aplicarse el desarrollo sostenible tras la creación de ese término en la Cumbre de Río de 1992.

Pero tampoco nada de esto refleja exactamente a Doñana.

Voy a intentarlo de otra manera.

Doñana es como una lluvia fina. Primero te agrada su estética. Luego te impacta su riqueza ecosistémica. Más tarde viene la sorpresa por la enjundia de su historia, ya sea de personajes, ya de hechos. En el siguiente paso reparas en el calibre humano de las personas vinculadas a esa tierra desde siempre, desde generaciones.

Y finalmente no llegas a la sabiduría, sino que vuelves a empezar. Aunque ahora haciendo bien las cosas.

Así que primero inicias el aprendizaje sobre Doñana intentando comprender la sabiduría de las gentes que te cuentan historias, tan sorprendentes, que parece que fueran inventadas. Y no lo son, pues estás escuchando las grandes verdades que te van a permitir aprender todo lo demás: la importancia de Doñana a efectos históricos, de biodiversidad, de ciencia...

No sé si todos los que firman en el libro que hoy presentamos han tenido mi misma suerte. Es decir, la fortuna de volver a empezar para entender la importancia de Doñana en sus justos términos.

Yo debo decir en voz alta que aquí están varias personas a las que debo mucho. En lo personal, que es lo importante, y como ex consejera de Medio Ambiente, que tampoco es poca cosa.

Fernando Hiraldo no sólo es un científico prestigioso. Si no también una persona sensata. Y mi experiencia me dice que, aunque en Doñana los brillantes currículos abundan, también ocurre como en los espacios no protegidos: el sentido común no es el más común de los sentidos.

Con Fernando ese problema no existía. Es capaz de poner las luces largas. Es capaz de arremangarse y trabajar a pie de tajo. Es capaz, lo menos habitual de todo, de dar la razón al otro cuando la tiene.

Y la segunda persona a la que quiero citar es alguien que debería estar aquí, en este atril. Si no fuera porque la mera insinuación de que sería normal que hablase en la presentación de un libro que es casi suyo, provocó su anuncio inmediato de que no pensaba ni venir al acto. Así que dimos marcha atrás en la oferta.

Se trata del autor de las fotografías que sustentan lo más relevante de ‘Viajeros de Doñana’. Mi escurridizo

amigo José María Pérez de Ayala. De acuerdo, Pepe, pero hoy tu lugar estaba a mi lado.

Alguien puede pensar que después de algunos decenios trabajando dentro de Doñana no debe ser muy complicado acumular un puñado de buenas imágenes. Es evidente que ese alguien nunca ha intentado hacer fotos de naturaleza. La buena fotografía no consiste en lo que se ve, sino en lo que quiere transmitir el artista. No está tanto en el objeto, como en el sujeto.

Es imposible alcanzar la excelencia si no se domina la asignatura. En Doñana –y lo mismo ocurre en Cabo de Gata- casi no hay manera de hacer una foto que no contenga elementos atractivos, que no luzca.

Cosa diferente es que lo que muestre la imagen tenga un contenido más allá de lo estético. Pérez de Ayala sabe cuándo y dónde buscar una imagen. Y sabe apreciarla cuando aparece delante de sus ojos. Que esa es otra.

Quiero dejar dicho que veo en esta sala bastantes presencias que suponen mucho para mí. Doñana me ha producido tremendos sofocones. Hay mucho tráfico atraído por la importancia de este parque. Pero topas con alguna maravillosa gente que solamente se puede encontrar en Doñana. Y hoy están aquí bastantes de ellos.

El Parlamento de Andalucía ha acometido con todo orgullo la edición de este libro. Aunque esta institución ya tiene publicaciones de prestigio vinculadas al mundo de la cultura andaluza, no había abordado temas como el medioambiental. En este caso además siendo un espacio Patrimonio de la Humanidad.

Creo que es un acierto esta publicación. Tanto, que ya trabajamos para repetir con el otro parque nacional andaluz, el de Sierra Nevada, declarado Reserva de la Biosfera. No en vano uno de los preceptos del Estatuto es el fomento de la cultura y la identidad propias.

Se publica ‘Viajeros de Doñana’ al cumplirse cuarenta años de la Ley que conformó el parque nacional.

Las leyes per se no cambian a la sociedad. El proceso de creación de normas hay que entenderlo con su detonante previo: la sociedad decide cómo organizar su convivencia, y después los Parlamentos le dan oficialidad en forma de normativa.

En el caso de la ley de Doñana sí hay que reconocerle al texto legal una tremenda potencia, al ser un punto de arranque casi sin anclaje social previo. Se convirtió en una norma salvadora de estos ecosistemas.

En particular porque se aprueba en una época en la que no existía presión ciudadana para que se preservaran ecológicamente sus mejores territorios naturales. La única presión la ejercían esos maravillosos quijotes que en los años 50 y 60 movilizaron a Europa para evitar la desecación y siembra de la marisma.

Algo tuvo que ver la fascinación que ejerció Doñana sobre las relevantes personas que la visitaron. Así lo atestiguan estas firmas, que nos impresionan por ser de grandes nombres, insignes personalidades, importantes

profesionales que hablaron maravillas de esta tierra, y con ello avivaron en todo el mundo la curiosidad científica y social.

Aunque en nada impresionan a Doñana las grandezas humanas. La vieja Doñana acoge a cualquiera –guarda o presidente, piñero o Alteza real- con la misma quietud, a veces paciencia.

Al fin y al cabo, en estos lucios y vetas la especie más reciente resulta que es la humana. Somos meros viajeros de paso. Viajeros de Doñana. Corazón andaluz. Músculo que bombea vida entre dos continentes.

Señoras, señores, he hablado cientos de veces sobre Doñana. Y siempre ha salido a colación el lince. No se preocupen, hoy no. Me extendería demasiado y ahora, como presidenta del Parlamento, he aprendido a medir el tiempo. A apreciarlo lo aprendí justamente en Doñana.

Muchas gracias a todos.